

LA FAMILIA, ESCUELA DE LIBERTAD

En este texto reflexionaré en primer lugar sobre la libertad y la educación en general. Una vez presentados estos conceptos básicos, formularé algunas pautas para la educación de la libertad. Supongo que los participantes en este congreso, padres y educadores, buscan orientación práctica para su quehacer. Toda praxis debe apoyarse en una buena teoría; si esta falta, se cae en un activismo de dudosa eficacia.

LA LIBERTAD

La [experiencia de la libertad](#). De entrada, se trata de una experiencia negativa, propia de la reflexión: la ausencia de coacción, de constricción. Presupone que tenemos una naturaleza, un modo de ser determinado, llamado a desarrollarse y alcanzar la plenitud (ideal griego, en Píndaro: llega a ser el que eres). La libertad indica precisamente que el desarrollo espontáneo, natural, de nuestro ser no se ve impedido.

Como en tantos otros casos, el concepto de libertad se elabora en la Grecia clásica (vemos el mundo con los ojos de los griegos). Voy a exponer los rasgos más característicos de esa noción de libertad y, a continuación, presentaré la visión que de la libertad tiene la cultura moderna.

La [libertad en el mundo clásico](#), griego y cristiano. En términos sociales, libertad consiste en vivir conforme a la tradición, a lo acostumbrado. El tirano, el enemigo de la libertad, es el que introduce usos o leyes nuevas: Frente al tirano Creonte, Antígona invoca la ley tradicional de la piedad para desobedecer y enterrar a su hermano caído en combate. Hacer lo que siempre se ha hecho. La reflexión filosófica sobre la libertad advierte en ella tres dimensiones: ontológica (apertura), psicológica (autodeterminación) y moral (autodominio).

[Apertura](#): por el entendimiento y la voluntad estamos abiertos a la totalidad de lo real. Carácter intencional de nuestro psiquismo. Todo lo que existe puede ser conocido o querido por nosotros. “Por el entendimiento y la voluntad el hombre es todas las cosas” (Aristóteles). Posible tensión entre nuestra finitud, condicionada por nuestro carácter material, y esa infinitud potencial. La limitación puede vivirse como drama, y surge en el hombre el deseo de romper los límites. Aquí radica, por ejemplo, el atractivo antropológico de la droga: nos promete un viaje (*trip*) a otros mundos, la ampliación de nuestra experiencia. Esta promesa resulta siempre atractiva, y mucho más si nuestro mundo parece anodino y vulgar. Además, está el componente meramente placentero (efecto sedante o estimulante).

[Autodeterminación](#): Con mucha frecuencia podemos elegir: entre actuar o no, y entre actuar de un modo o de otro. Tenemos también la experiencia de la necesidad: no somos dueños de todos nuestros actos. Por ejemplo, el llanto o la risa: actos conscientes que no controlamos. Pero con mucha frecuencia, elegimos. Como los bienes que se nos ofrecen son limitados, finitos, la voluntad no se ve “obligada” a abrazarlos de modo necesario.

Autodominio: Libertad en sentido moral. Esta no se da por igual en todos los hombres. Aristóteles: la libertad como amistad del hombre consigo mismo, como identidad con uno mismo. Nuestro psiquismo es complejo, hay en nosotros una articulación de tendencias y facultades: entendimiento, voluntad, memoria, imaginación, sentidos, pasiones. Hay autodominio cuando todas esas facultades van a lo mismo, de modo armónico, no hay guerras internas. Algunos ejemplos: ¿qué hago viendo durante tanto tiempo esta basura televisiva? La razón me dice que debería levantarme y ponerme a hacer algo provechoso, pero el cuerpo tira hacia abajo y aquí estoy pegado a *Gran Hermano*. Ante las conductas de riesgo: tabaco, alcohol, droga, sexo, juego, susceptibles de generar adicciones: tendemos a pensar que dominamos la situación: “yo controlo”. En realidad, controlamos mucho menos de lo que pensamos, tanto niños como jóvenes y adultos. Crecer en autodominio es lo mismo que crecer en las virtudes, intelectuales y morales. Cuestión de ejercicio, de práctica, de entrenamiento. La virtud nos hace más libres, más capaces, supone un crecimiento, un incremento. El esclavo de la adicción no es libre: cede ante la mera presencia del estímulo.

Los griegos conocieron una tensión constitutiva de la condición humana, que podemos describir como la lucha entre Apolo y Dionisos. Apolo es el dios de la armonía, de la belleza, que es orden y proporción. Dionisos lo es de la espontaneidad, del vino y de la danza, del teatro, de la liberación de las pasiones, de la celebración festiva que rompe con las normas que rigen la vida cotidiana. Los hombres, y los jóvenes de modo particular, pueden sentir el conjunto de normas que regulan la vida social como una coacción, como un corsé que reprime la espontaneidad y les impide ser ellos mismos, de modo auténtico. La maduración de la personalidad consiste precisamente en advertir que esa trama institucional nos permite ser más libres, llegar más lejos, pues resuelve muchos de los problemas básicos que plantea la vida y libera buena parte de nuestra capacidad para acometer nuevas tareas. Por supuesto que esto no significa que no haya instituciones obsoletas, que sea necesario abandonar o cambiar. La situación adánica, de comienzo absoluto es, de una parte, imposible: el hombre es siempre un heredero. Y, de otra, resulta de dudoso atractivo: Robinson Crusoe en su isla, luchando por la supervivencia, no nos produce demasiada envidia.

Para los clásicos, la libertad es muy importante, pero no es lo más importante: se subordina a la verdad y al bien. Está al servicio de una vida virtuosa y del acceso a la verdad (ideal contemplativo).

Libertad en el mundo moderno. Se entiende como emancipación, como liberación. El moderno sabe mucho -por la ciencia- y puede mucho -por la tecnología-. El va a tomar ahora el mando. Se considera maduro, adulto, autónomo. No aceptará imposiciones de nadie: ni de la tradición, ni de la realidad (rechazo del derecho natural), ni de Dios. Hay que liberarse del lastre que supone ese bagaje tradicional, hay que romper con todo tipo de tabúes. Kant como profeta de la Ilustración: hay que acabar con la culpable minoría de edad en la que se encuentra la humanidad, sometida a la autoridad por dos motivos fundamentales: cobardía y pereza. *Sapere aude!* Pensar por cuenta propia. Hobbes: la libertad consiste en la ampliación del número de opciones, sin límites (tampoco morales). Primado de la posibilidad sobre la realidad: la realidad, la facticidad, no es más que un caso entre otros posibles. No nos impone obligaciones morales: del ser no se sigue ningún deber ser. Kant era todavía un cristiano (pietista cumplidor) y hombre de orden. Nietzsche llevará este planteamiento a sus

últimas consecuencias: el nihilismo. Si el hombre es dueño de su vida, completamente autónomo, ¿por qué respetar algo? Vía libre a la voluntad de poder, al dominio de los fuertes sobre los débiles. Darwin y el evolucionismo reforzarán este planteamiento: la evolución como lucha por la supervivencia, en la que se impone el más fuerte. En nuestros días, Dawkins hablará del hombre como de una máquina al servicio de la optimización egoísta de los propios genes.

Intento de emancipación especialmente influyente en nuestros días: Freud. Visión del ser humano como alguien hecho para el placer, y para el placer sexual (pura libido). La realidad se encarga de frustrar ese anhelo, con una doble consecuencia. En el plano individual: represión que lleva a la neurosis. En el plano social: aparición de la cultura como remedio para paliar esa frustración. Si esto fuera Jauja, ni siquiera habría lenguaje. Seríamos como las palomas de nuestras ciudades, dedicadas básicamente a comer, fornicar (y defecar). Visión francamente negativa de la realidad: es nuestra enemiga, la que nos amarga la vida.

La modernidad pone más énfasis en la libertad. El correlato político de este planteamiento se advierte en la lucha por la conquista de la libertad política y de la democracia. Las nociones de persona, dignidad humana y libertad tienen un origen netamente cristiano, pero las fuerzas intelectuales y políticas que propugnan la democracia se enfrentan a los regímenes tradicionales y a la Iglesia, que con frecuencia se alinea con ellos. Simplificando, se puede admitir que la Iglesia católica se reconcilia con lo bueno de esos planteamientos modernos en el Concilio Vaticano II: los derechos de la persona se ponen ahora por delante de los derechos de la verdad. Esta no se puede imponer por la fuerza, sino que se ofrece, se propone en un contexto de diálogo. La Iglesia se convierte en los últimos decenios en una eficaz promotora de la democracia en el mundo: retira su apoyo a los regímenes autoritarios, privándoles así en ocasiones de uno de los apoyos básicos para su legitimación, y pasa a favorecer decididamente los procesos democratizadores. En ocasiones, son los mismos pastores -el Papa Juan Pablo II, el Cardenal Sin de Manila, los obispos venezolanos frente a Chavez- los que encabezan esa lucha en pro de los derechos humanos y se enfrentan directamente a los dictadores.

LA EDUCACIÓN

La educación es algo obvio, natural, inevitable. En la medida en que hay vida humana, hay educación. La biología no nos dice cómo hay que vivir, por lo que tenemos que aprenderlo. El bebé humano nace siempre prematuro, es el más indigente e inerte de los neonatos, y necesita durante bastantes años del cuidado de sus padres (o de los adultos). Claro que esa condición inespecífica y abierta se traduce en una gran ventaja: al ser tan flexible, el ser humano se adapta a todos los ambientes. Frente a los demás animales, abocados a su nicho, el hombre tiene mundo: puede vivir en el Polo Norte o en el desierto, come de todo, desarrolla las tecnologías más variadas.

Educar al niño es enseñarle a vivir: a alimentarse, a cuidar la higiene básica, a incorporar los elementos de la propia cultura -tecnología, reglas, símbolos- que constituyen la forma propia de vivir. Los adultos introducen al niño en lo que consideran valioso, bueno, verdadero y bello. El niño aprenderá también a afrontar obstáculos, dificultades,

contradicciones, fracasos. En otras palabras, la educación consiste en aprender a distinguir: un triángulo de un cuadrado; una lagartija de un cocodrilo; un planeta de una estrella; un adjetivo de un adverbio; y, más en general, lo útil de lo inútil, lo bello de lo feo, lo verdadero de lo falso, el bien del mal.

La educación no puede adoptar la forma de un proceso técnico, de un procedimiento racional previsto para el logro de un artificio controlable, mediante una sucesión de pasos programables con todo detalle. Por el contrario, la educación surge como resultado imprevisto de un proceso que apunta a otros fines. Es la consecuencia de la convivencia, en la familia y también en el colegio, y en la sociedad en general. En clase se trata en primer lugar de transmitir conocimientos y destrezas, pero el niño no es un simple objeto pasivo, receptor o destinatario de la praxis docente. El alumno es también sujeto activo, aunque no se encuentre en pie de igualdad con el profesor. No son colegas, aunque pueda haber entre ellos una relación de confianza (incluso es deseable que la haya).

El paradigma de toda actividad educativa sería la enseñanza-aprendizaje de la lengua. Desde el primer instante, la madre y los adultos le hablan al niño, como si ya tuviera uso de razón y pudiera entender. En un momento dado, el niño empieza a hablar, y demuestra el conocimiento de estructuras sintácticas relativamente complejas. Se trata de un fenómeno sorprendente y del que todavía no tenemos una explicación satisfactoria, para desesperación de lingüistas y neurólogos. Si el bebé no aprende a hablar, no será viable como ser humano, tal como indica la experiencia de los “niños lobo”.

Podemos considerar la educación como la suma de dos actividades o tareas: enseñar y aprender. Enseñar sería una acción transitiva en sentido clásico, *poiesis*, cuyo resultado está fuera del actor. Aprender sería una actividad inmanente, *praxis*, en la que el resultado es interior al sujeto. Durante mucho tiempo la teoría y la práctica educativas atribuyeron casi todo el protagonismo del proceso educativo a la enseñanza, primando el papel del profesor. El alumno quedaba reducido a la condición de receptor pasivo de la acción educativa. Hoy se ha trasladado el acento y somos más conscientes de la importancia del educando. Su actitud es fundamental, incluso en la edad más temprana. Y también nos hemos vuelto más sensibles al carácter recíproco de la relación educativa: los padres educan a los hijos y los hijos educan a sus padres. En general, los hijos convierten a los padres en mejores personas.

Enseñar al niño a distinguir y apreciar lo verdadero, lo bueno y lo bello implica que los adultos consideramos algo como verdadero, bueno y bello. Si es así, queremos que también los niños lo conozcan y aprecien, pues son justamente esos bienes los que hacen la vida digna de ser vivida. De ahí que podamos declarar solemnemente que la educación es un derecho humano fundamental y también algo evidente y natural.

Educar no es sobre todo asunto de transmitir o trasladar, sino de contagiar, suscitar, estimular (estimulación precoz: concepto clave hoy en día en la educación infantil). Y los dos requisitos imprescindibles para que pueda darse una auténtica educación son: 1. Convicciones firmes en los padres (en los adultos con los que los niños tienen trato). 2. Confianza en los niños.

En el fondo, antes de hablar o discutir sobre educación, los adultos de referencia (los padres sobre todo y, en menor medida, los profesores) tienen que plantearse cómo viven o

quieren vivir. En la terminología de los jóvenes de hoy: “de qué van”. –“Tú, ¿de qué vas?” Es decir, ¿a qué das importancia, cuáles son tus prioridades, a qué aspiras?

Distinguir lo bello de lo feo, lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo implica disponer de un criterio, de una medida. Uno de los grandes problemas de nuestra sociedad es que se ha roto el consenso en torno a los valores fundamentales: lo que sea la vida humana, la persona, la sexualidad, el matrimonio y la familia, lo justo y lo verdadero, etc. Esta discrepancia básica dificulta notablemente la tarea educativa.

Otra dificultad añadida: la difuminación de los agentes educadores tradicionales y la aparición de nuevos agentes.

Panorama tradicional: educan la familia, la escuela y la Iglesia (catequesis, formación moral, ya sea en la propia escuela -colegios de religiosos- o en la parroquia).

Panorama actual: la **familia** sigue siendo el principal agente educativo... cuando hay familia o vida familiar, lo que no siempre es el caso (rupturas y divorcios, familias desestructuradas, etcétera). La **Iglesia** ha perdido gran parte de su protagonismo: la catequesis parroquial llega a pocas personas. Los colegios de religiosos sufren un proceso de desnaturalización que parece imparable: media de poco más de dos religiosos -generalmente, mayores- por colegio; cierre de una media anual de cien colegios de religiosos durante los últimos años. La **escuela** sigue siendo muy importante, supuesto que cumpla más o menos satisfactoriamente con su cometido.

Crisis actual en el sistema educativo: movimiento que arranca de los años sesenta, con la revolución del 68: pedagogía antiautoritaria; educación comprensiva; devaluación del esfuerzo; depreciación de la memoria, la aplicación y la disciplina. En general, se advierte una fuerte aversión a las llamadas “virtudes secundarias”, de las que Habermas dijo en su día que eran las habilidades necesarias para gestionar un campo de concentración.

Entre otros efectos, se aprecia un notable desconcierto y desánimo en buena parte del profesorado (tal vez más acusado en la enseñanza pública), y la docencia se convierte en una profesión de riesgo (extensión del síndrome del profesor quemado). Aparecen nuevos agentes educativos: las **pantallas** (y los auriculares). Al llegar a los dieciocho años, un adolescente occidental ha pasado unas 10.000 horas en la escuela y unas 13.000 ante las pantallas. Generalización del *multitasking*. Uso en gran parte descontrolado, los padres saben muy poco.

Cascada de efectos, de los que ya empieza a haber constancia empírica. Sobre la salud: trastornos en el sueño, sobrepeso, cefaleas y trastornos de la visión. Disminución del rendimiento escolar, dificultades para la concentración. A lo que habría que sumar el coste de las oportunidades perdidas: todo lo que dejan de hacer en ese tiempo. Irrupción de los videojuegos, que en Occidente facturan tanto como el cine y la música juntos. La edad media de los videojugadores ronda los treinta y tres años. Los fabricantes han conseguido que los niños sigan jugando conforme crecen en edad y también han logrado atraer a las chicas, con juegos menos violentos. Desde luego que las tecnologías de la comunicación ofrecen también fabulosas oportunidades educativas. Como ocurre con cualquier otra tecnología, la clave está en el uso que se hace de ellas (en rigor, ninguna tecnología es neutra y, más allá

del modo de empleo, influye siempre de una manera u otra en nuestro modo de estar en el mundo. No me puedo extender ahora en este punto). Lamentablemente, hay motivos fundados para pensar que la mayoría hace un uso poco formativo. Como dice el crítico literario alemán Marcel Reich-Ranicki: “La televisión hace a los listos más listos y a los tontos, más tontos”.

Al hilo del debate sobre la influencia de las pantallas en la vida de los niños y jóvenes, he recordado lo que se puede llamar “el test de Pascal”. Este genio polifacético formulaba a mediados del s. XVII un sugerente criterio para medir el éxito de la educación: una persona podía considerarse formada si era capaz de estar tranquilamente a solas varias horas en su habitación, sentada en una silla y o oscuras. ¿Qué ocurriría si sometiéramos a nuestra población escolar al test de Pascal? ¿Podría soportar unas horas a solas consigo misma, desconectada de pantallas, móviles y auriculares? Me temo que los efectos de esta medida despiadada serían demoledores y obligarían a declarar zona catastrófica a buena parte de nuestra juventud.

Los [amigos](#) y la calle en general. El adolescente anda a la búsqueda de su identidad y de un lugar en el mundo, tarea en la que el grupo de pares adquiere una importancia creciente. La necesidad de sentirse acogidos e integrados en el grupo es muy humana, como también confirma la investigación empírica: la mayoría de la gente está dispuesta a renunciar a la evidencia antes que a discrepar de la opinión vigente en el grupo. Este fenómeno se aprecia también en el ámbito de la opinión pública, como pone de manifiesto la teoría de la espiral del silencio.

Conclusión: los hijos están sometidos a un conjunto de influencias que no controlamos e incluso, con frecuencia, ni siquiera conocemos. Este nuevo contexto provoca en muchos padres miedo e inseguridad, lo que resulta comprensible, por no hablar de los abuelos, que con tanta frecuencia comprueban que no pueden jugar con sus nietos: comics modernos, videojuegos, redes sociales: todo un nuevo mundo en el que gran parte de los abuelos se sienten perdidos.

Comparación con la sociedad clásica-tradicional. En la [sociedad clásica](#) manda la realidad, criterio de verdad y de bondad. Verdad: adecuarse a la realidad. Bien: hacer justicia a la realidad. El hombre es ético, actúa de modo cabal, cuando hace justicia a la realidad, en sí mismo, en los demás y en la naturaleza. El que se deja llevar por las pasiones más elementales, como una bestia, no hace justicia a su condición racional. El cristianismo asume esa visión del hombre y del mundo, poniendo a Dios como creador. Norma de la moralidad: la recta razón (iluminada por la fe). Ideal de vida: la contemplación, del orden del mundo (cosmos) y de Dios en la vida eterna. [Crisis moderna](#): revolución del yo. Papel central de la voluntad, que relega al entendimiento. Se desconfía de la capacidad del entendimiento para conocer la realidad (crisis del nominalismo tardomedieval). La ciencia va a ser una explicación de lo puramente fenoménico, y además, hipotética y provisional. Las leyes científicas se convierten en meros enunciados de probabilidades. Niels Bohr: “La física no se ocupa de la naturaleza, sino de lo que se puede decir acerca de la naturaleza”. Trivialización: dejan de interesar las cuestiones fundamentales, que apasionaron a la comunidad científica y a la opinión pública en general en siglos pasados. Ahora solo importa la investigación aplicada. A la vez, saber es poder. La ciencia se prolonga en la tecnología, que permite el control del mundo y el logro de cotas de bienestar nunca conocidas. La ciencia y la

tecnología alimentan el progreso, que se convierte en el gran mito de la modernidad, ocupando el lugar que en la cultura clásica correspondía a la verdad y al bien.

El progreso apunta al futuro, a la utopía, a la sociedad perfecta, al paraíso en la tierra (Marx). Si ese estado ideal tarda en llegar, podemos acelerar su venida con la revolución: el intento de hacer tabla rasa del pasado y empezar de nuevo para instaurar un régimen social perfecto. La cultura moderna pisa fuerte, en un clima de entusiasmo y exaltación, pero entra en crisis en la primera mitad del siglo XX: guerras mundiales; totalitarismos; crisis económica; crisis en la ciencia, en la filosofía y en el arte. Vamos a convenir en denominar a esa situación de crisis como “posmodernidad”: todo vale; pensamiento débil; proliferación de lo alternativo, en el mundo del pensamiento (se desconfía de la capacidad del hombre para conocer la verdad), en el arte, en la cultura popular; nihilismo y ateísmo; relativismo y escepticismo.

Si cada uno piensa como le parece y vive a su manera, la cohesión social corre peligro (anomia). A la vez, nos damos cuenta de que seguir juntos nos conviene: somos más prósperos y fuertes. Por tanto, el reto está en compaginar la libertad, concebida como autonomía y liberación, con la imprescindible integración para evitar que la sociedad se disgregue. Si no hay verdades o valores absolutos, que todos acepten, ¿cómo asegurar el necesario consenso para que la sociedad pueda seguir funcionando? La fuente de legitimación se va a trasladar, de la realidad al procedimiento: lo bueno, lo justo será ahora lo que determinemos nosotros -y no Dios, la naturaleza o la tradición-. Y para evitar imposiciones arbitrarias del gobernante de turno, fijaremos procedimientos estandarizados para llevar a cabo ese supuesto consenso. En el caso del poder: gobernará el candidato que tenga más respaldo popular (democracia: elecciones libres a intervalos regulares); en el derecho y la justicia: justo o legal es lo que los parlamentos legislan y los jueces aplican en sus sentencias (el positivismo jurídico pretende elaborar el derecho al margen de la idea de justicia); en la economía: el procedimiento adoptado para la producción y asignación de bienes y servicios es el mercado. Nada resulta ahora inamovible, absoluto: todo queda sometido al juego de las mayorías cambiantes y de la opinión pública mudable. Estamos en la “sociedad abierta”, que tuvo en Karl Popper a su gran teorizador. Me parece que apenas exagero si afirmo que gran parte de la clase política europea, de centroderecha y de centroizquierda, es popperiana. Se considera que el único remedio para evitar los totalitarismos, de uno y otro signo, consiste en el rechazo de cualquier pretensión de verdad absoluta. Si el que defiende una verdad incondicionada llega a gobernar, podría verse tentado a imponer su verdad de modo despótico. En consecuencia, no se aceptan verdades o valores absolutos, todo debe considerarse provisional, hipotético, revisable. Los defensores de esta sociedad hipotética no advierten que los procedimientos legitimadores - la democracia, el mercado, el derecho positivo- se apoyan en valores o virtudes no hipotéticos, que esos mismos procedimientos no pueden legitimar. Las dificultades que encuentran la democracia o la economía de mercado para consolidarse en los antiguos países comunistas, o en las excolonias occidentales, constituyen un ejemplo elocuente.

Vamos a examinar las repercusiones de este clima cultural en el ámbito educativo. ¿Cómo educar de verdad, en serio, en medio de un ambiente escéptico o relativista? El escéptico tiende al conservadurismo, al mantenimiento del *statu quo*. No hay nada mejor ni peor, nada por lo que valga la pena luchar o esforzarse. En todo caso, impera la ley de la jungla; a río revuelto, ganancia de pescadores. Esto es lo que hay y no compensa romperse

la cabeza añorando un mundo mejor. Hay que aprovecharse dentro de lo posible de las circunstancias actuales. Si el escéptico parece respetar algo, es por mera conveniencia: siguen existiendo leyes, policía y cárceles, lo que obliga a tener cuidado. El Estado social y del bienestar, surgido en Occidente después de la Segunda Guerra Mundial y que constituye con motivo uno de los mayores logros de la modernidad occidental, parece encontrar su sentido en el estímulo del consumo. El consumismo se convierte así en toda una forma de vida (y en un medio para asegurar el mantenimiento del aparato productivo y el crecimiento económico).

El escepticismo, cuya expresión en la actividad educativa se llama “educación neutra”, tiene efectos profundos y más bien demoledores. Los hijos, los alumnos, quieren saber “de qué van sus padres”, lo que verdaderamente les importa. Si advierten que los adultos les transmiten un paquete de valores en el que ellos mismos no creen, o que no viven, se sentirán simplemente manipulados, y en cuanto tengan la oportunidad, abandonarán con desprecio ese bagaje. Este asunto adquiere especial importancia, por ejemplo, en la formación religiosa. No tiene sentido que los padres envíen a sus hijos a la catequesis y celebren con ellos la primera comunión si luego no van juntos a Misa y la fe no impregna la vida cotidiana. En este contexto, encuentro de lo más razonable que los colegios de Fomento impartan esa catequesis en paralelo a los alumnos y a sus padres.

Como hemos visto, educar se ha vuelto algo complicado y no exento de dificultades, al menos en algunos ambientes. Los padres, los primeros educadores de hecho y de derecho, pueden buscar para sus hijos un colegio que respete o, mejor aún, comparta sus convicciones. Ante el peso -económico, político y social en general- que ha adquirido el sector educativo, conviene no olvidar que los centros escolares ayudan a los padres en la tarea educativa, y no al revés. En países como el nuestro, con un estatismo tan arraigado, enseguida se tiende a considerar que la educación es tarea de los centros escolares, preferentemente de titularidad estatal. Estamos ante una flagrante expropiación indebida. Pero incluso en el supuesto de que padres y colegios vayan a lo mismo, la influencia de las pantallas y de la calle puede obstaculizar o desbaratar los proyectos educativos mejor planteados. La complejidad del empeño no tiene que amilanarnos, antes al contrario: se trata de un reto ante el que debemos crecer, con ambición y sin cansancio. Nada valioso se consigue sin esfuerzo.

LA EDUCACIÓN DE LA LIBERTAD

Voy a proponer a continuación algunas pautas concretas de actuación, encaminadas a la educación de la libertad de los hijos, y las ilustraré con algunos ejemplos. Después de lo dicho, resulta claro que no voy a proporcionar una especie de manual de instrucciones para esa educación. Me parece que no hay más que una manera para conseguir que vuestros hijos se conviertan en personas maduras, libres: predicar con el ejemplo. Los hijos necesitan ver actuar a sus padres con libertad y responsabilidad, y esto no en circunstancias o momentos excepcionales, sino en la convivencia diaria. Los hijos, incluso los más pequeños, son testigos perspicaces y jueces implacables del comportamiento de sus padres, esponjas capaces de absorber todo.

Esto es algo que ya había visto la pedagogía clásica. Por ejemplo, el suizo Johann Heinrich Pestalozzi, considerado el padre de la pedagogía clásica. Afirma que la educación se reduce a tres componentes esenciales, tiempo, cariño y solicitud, de las que el tiempo es la más importante. Ojo con el [sofisma de la calidad del tiempo](#) que dedicamos a los hijos o a la familia en general, sofisma muy empleado por los padres varones. Cuando dedican demasiado poco tiempo, lo que sucede con demasiada frecuencia, tienden a justificarse con el argumento de la calidad de ese tiempo. Se engañan y defraudan a sus familias. De otra parte, los hijos tampoco son unos monopolizadores del tiempo paterno: muchas veces, no se trata de que los padres jueguen o realicen actividades con los hijos, sino de que estén cerca, asequibles para que los hijos puedan acudir a ellos en busca de aprobación o ayuda. Saber que sus padres están cerca y disponibles tranquiliza a los hijos, que casi siempre saben jugar solos. En descargo de esos padres tan ocupados, que apenas tienen tiempo para estar con sus hijos, hay que reconocer que la cultura laboral española ayuda poco: somos el país occidental donde los trabajadores pasan más horas en el lugar de trabajo... con la productividad más baja. Urge cambiar esos horarios perversos, que no ayudan ni a las empresas ni a las familias.

Friedrich Fröbel, discípulo de Pestalozzi e inventor del jardín de infancia, prolonga el planteamiento pedagógico de su maestro: “La educación es amor y buen ejemplo”. No es cuestión de aplicar técnicas misteriosas y complejas. En la inmensa mayoría de los casos, los padres aciertan cuando se dejan llevar por su intuición y el sentido común. Y no digamos si acumulan un poco de experiencia cuando tienen varios hijos.

Se aprende a ser bueno conviviendo con personas buenas, viendo buenos ejemplos a diario. Por supuesto que luego deberán venir la reflexión teórica y la argumentación. La estructura narrativa de la condición humana resalta la importancia de los buenos relatos: historia sagrada, clásicos, buen cine, etcétera.

Las ciencias que estudian el desarrollo del ser humano, desde la fase embrionaria hasta la maduración del adulto, confirman la validez de las propuestas clásicas.

La educación comienza, en rigor, antes del nacimiento del hijo, con el embarazo. La forma de vida de la madre dejará una impronta imborrable, definitiva en más de un sentido, en el bebé, tanto para lo bueno como para lo malo.

La psicología evolutiva, la neurología y demás disciplinas afines subrayan la importancia de los (tres) primeros años de vida. Es en esa fase cuando se desarrolla la confianza inicial. Si el recién nacido se siente acogido y querido, crecerá sano y confiado: sentirá que el mundo es su casa. Si, por el contrario, experimenta un vacío afectivo o -todavía peor- es testigo o víctima de malos tratos, tenderá a pensar que el mundo es peligroso y hostil, fuente de amenazas. Podrá sentirse acobardado, asustado, retraído o también puede reaccionar con agresividad. Círculo vicioso de la violencia doméstica: tantos adultos maltratadores que de niños fueron testigos o víctimas de maltrato. Testimonio de Anne Wahlgren, la “madre de Suecia”: tiene ahora sesenta y nueve años. Liberada y feminista en su juventud, se vio inmersa de lleno en las turbulencias del 68 y la revolución cultural. Se casó siete veces (los antisistema de esa época todavía se casaban, no como sucede ahora). Con tres de esos hombres tuvo nueve hijos, que le han dado once nietos, a los que crió y educó en solitario (los hombres de su vida tendían a desaparecer). Como

resulta comprensible, esa tarea requería casi todas sus energías, pero a mediodía, mientras los niños dormían la siesta, Anna escribía sus experiencias, plasmadas en 27 libros. El primero de ellos, *El libro de los niños* (1983), ha sido un *best seller*, con cientos de miles de ejemplares vendidos en Escandinavia y Centroeuropa. A través de su página web (www.anawahlgren.com) desarrolla una intensa labor como orientadora y su opinión ejerce una considerable influencia en los ambientes educativos.

Anna Wahlgren ha redescubierto las evidencias del sentido común a través de peripecias biográficas nada comunes. “¡Salvad al menos los tres primeros años de vida de vuestros hijos!”, es el lema que repite una y otra vez, con ocasión y sin ella. Los niños pequeños necesitan la compañía y el cariño de sus padres. La solicitud amorosa, empero, no debe confundirse con la complacencia permisiva: los niños necesitan rutinas, un horario fijo para las comidas, el juego y el dueño. Sin normas claras, los niños se desorientan y sufren, tal vez de modo irreparable. Les conviene una dieta sencilla, movimiento al aire libre y reglas de comportamiento bien definidas. Esto no significa que los adultos deban estar pendientes de ellos en todo momento: los niños tienen una curiosidad insaciable y la capacidad para explorar el mundo y aprender muchas cosas por sí solos. No hay experiencia más gozosa que criar y educar a los propios hijos. Wahlgren considera crucial que los hijos pasen los primeros años de su vida en compañía de sus padres. Ella nunca llevó sus hijos a una guardería: quería tenerlos a su lado y aprender con ellos y de ellos. Se siente tan emancipada como la que más -pocas feministas pueden darle lecciones a este respecto-, pero le parece errónea la estrategia feminista que asume de forma acrítica el modelo laboral pensado para los varones. En este contexto, los hijos son simplemente un obstáculo para la propia carrera, y resulta lamentable que muchas mujeres hayan sucumbido a ese enfoque. Me he extendido un tanto con el caso de Anna Wahlgren porque me parece ilustrativo de un cierto “estar de vuelta” -desde los dictados de una pedagogía progresista hacia las evidencias del sentido común-, perceptible en algunos de los países occidentales más avanzados. En España, lamentablemente, seguimos de ida, y con entusiasmo, cuando los otros ya han rectificado el rumbo.

Los niños -a los que, por cierto, nadie tiene derecho: viene bien recordarlo cuando la tecnología reproductiva está a punto de permitir los hijos a la carta- necesitan sentirse queridos, y no solo desde el punto de vista emocional. Deben percibir que se cuenta con ellos, que son importantes en sí mismos, y no una pieza más en el proyecto de vida en común de sus padres.

Importancia del aire libre, del ejercicio corporal. Ejemplo del colegio alemán de primaria que ha suprimido la excursión anual al zoológico, porque implicaba caminar un kilómetro. Cada vez más niños, aquejados de sobrepeso, eran incapaces de dar ese paseo. Los niños necesitan moverse con libertad, explorar el mundo circundante y probar sus capacidades físicas. Al hacerlo, sufrirán algunos golpes y caídas, y se herirán, pero no hay que dramatizar el alcance de esos incidentes.

En la vida hay muchas cosas que se pueden aprender, pero que difícilmente se pueden enseñar: hay que hacer la propia experiencia. No nos ayuda que alguien nos avise previamente, uno mismo debe tropezar en la piedra en cuestión para asimilar realmente esa enseñanza.

Más que de lo que se debe hacer, voy a hablar ahora rápidamente de algunas cosas que se deberían evitar. Es más fácil decir lo que está mal que exponer lo que está bien. De entrada, porque en la educación, que es otro nombre para la vida misma, no hay recetas de validez universal. Cada persona, cada familia son únicas.

Los **padres helicóptero**, denominación surgida en Estados Unidos. Sobrevuelan, vigilantes, a sus hijos y se posan para acudir al rescate cuando hay algún problema. Esa actitud puede prolongarse durante la infancia y la adolescencia, pero también en la edad adulta: padres que hablan con los jefes de sus hijos, ya adultos y profesionales, que los acompañan a las entrevistas de trabajo, etc. En algunos colegios privados norteamericanos, en el contrato de admisión se contempla que los alumnos podrán ser expulsados del colegio por mal comportamiento... de los padres.

Los padres -sobre todo, las madres- aferrados al nuevo cordón umbilical: el **móvil**. La pretensión del control absoluto, por el propio bien de los hijos y a la vista del mundo peligroso en que nos movemos. Estudio empírico reciente en una universidad estadounidense: los estudiantes -que, en principio, ya están emancipados de sus padres, no como en nuestro país- hablan con sus padres una media de diez veces a la semana. Este aparente control puede convivir con el más absoluto desmadre por parte de los hijos, que burlan con facilidad la supuesta vigilancia materna. Es sabido que los niños y adolescentes se inician cada vez más temprano en las conductas de riesgo: tabaco, alcohol, droga, sexo, juego. En Inglaterra se denomina "generación xxxi" a la que comprende a los niños entre diez y catorce años que ya son adictos al sexo. Otro dato: el setenta por ciento de las niñas inglesas entre siete y diez años se maquilla a diario (las maquillan sus madres, como es obvio).

La **exigencia desmedida**, el hijo como un proyecto de optimización. Dos ejemplos extremos: Ichiro Suzuki y André Agassi. Caso **Agassi**: final del torneo de Wimbledon, 1992. Agassi (22 años de edad) se enfrenta a Goran Ivanisevic. Resultado final: 6:7; 6:4, 6:4, 1:6 y 6:4 para Agassi, en lo que sería su primera victoria en un gran Slam. Lógicamente muy satisfecho, André llama por teléfono a su padre, que le echa una bronca: -"*How could you lose the fourth set?*". En su autobiografía, *Open*, André Agassi explica el contexto que permite entender esa reacción. Cuenta de una niñez marcada por un padre brutal y colérico, que machaca a su hijo cada día -le obligaba a responder cada día a 2.500 bolas, lanzadas por la máquina- para convertirlo en una estrella del tenis. Del pánico a la derrota, de la ininterrumpida presión paterna para triunfar a toda costa, de cómo fue enviado contra su voluntad a los trece años a un internado-academia de tenis, con la traumática separación de su madre y sus hermanos, del comienzo de su carrera profesional a los quince años. De cómo llegó a odiar al tenis y a su padre. De la incapacidad para aceptar las derrotas, que ninguna victoria podía compensar (y hablamos de uno de los tenistas más exitosos de la historia de este deporte: sesenta torneos, ocho gran slam entre ellos) del odio a la competición, de la búsqueda de refugio en el alcohol y en la droga. -"*I really hated tennis*". Tremenda confesión. Afán de tantos padres por compensar su mediocre trayectoria deportiva con los triunfos de los hijos. Los alicientes de la fama y del dinero llevan a una presión creciente. Cuando las propias fuerzas no bastan, se recurre a la droga: *smart pills*. El padre de André fue un deportista profesional más bien mediocre, que no logró destacar. Cuántas veces se repite este cuadro: padre que no llega a triunfar en el deporte o en el arte y que se proyecta en el hijo, llamado a lograr lo que a él se le negó.

Caso [Suzuki](#): el mayor éxito exportado por Japón a los Estados Unidos no han sido los automóviles de Toyota, sino el jugador de béisbol Ichiro Suzuki. Desde que juega en la *Major League Baseball* ha superado todos los récords. Por ejemplo, el del número de hits logrados en una temporada, que estaba en poder de George Sisler desde 1920. El eco de sus hazañas es enorme en Japón. Cuando superó el record de Sisler, Japón se paralizó por un momento. Incluso el Jefe del Gobierno nipón, Junichiro Koizumi, tuvo que dar una rueda de prensa para manifestar su alegría: “Solo puedo decir que se trata de algo increíble. Talento natural unido a una entrega desacostumbrada: esto es grandeza”. El triunfo de Suzuki no es fruto de la suerte o del azar. Su carrera fue programada desde su más tierna infancia por un padre rígido y concienzudo, entregado en cuerpo y alma a la tarea de convertir a su retoño en una estrella del béisbol. Después de la jornada escolar, pues el colegio no le fue perdonado, entrenaba todos los días hasta las once de la noche. A modo de descanso, su padre le administraba luego un masaje en los pies antes de dormir. Entrenaba 360 días al año, y dedicaba a jugar con sus amigos unas seis horas... al año. Sus compatriotas presenciaron con sentimientos encontrados su marcha a Estados Unidos: el primer japonés que se convertía en una estrella en el deporte de masas norteamericano. Ichiro es un tipo amable, tranquilo, normal, el vecino ideal, y no se le conocen escándalos o excentricidades. Parece haber asimilado la fama sin especiales problemas.

El [sobreproteccionismo](#). Novedad demográfica: por primera vez en más de un siglo, no hay conflicto generacional. Los jóvenes declaran llevarse bien con sus padres. Hay en las familias más diálogo que en el pasado, mayor comunicación (aunque conviene matizar: se habla más con la madre que con el padre, y se habla poco de los temas verdaderamente conflictivos o relevantes: sexo, religión, política). Impera un talante democrático. A la vez, ha cambiado el modo de percibir a los hijos: menor número (1,38 de media por mujer en España). Se trata ahora de hijos deseados, planeados, que son elemento central del proyecto de vida en común de la pareja, en los que se depositan muchas y elevadas expectativas. La presión es muy grande, tanto sobre los hijos como sobre los padres. Abundan el estrés y las frustraciones. Prospera la psiquiatría infantil. Muchos hijos crecen infantilizados y no maduran. Esa circunstancia lleva a que los padres se sientan empujados a intervenir o incluso a condicionar muchas decisiones importantes: elección de estudios, de novio o novia, etcétera. Parece que el ideal sería criar hijos más maduros, educados en la libertad y la responsabilidad, capaces de tomar decisiones.

Este sobreproteccionismo ha adquirido recientemente un sesgo que ha contribuido al enrarecimiento del clima de trabajo en los colegios: los padres se alinean con sus hijos contra los profesores y contra los colegios. Se rompe y se trastoca la tradicional alianza que había entre el centro escolar y los padres. Cuando un niño volvía a casa y contaba que le habían castigado en el colegio, los padres le reprendían y doblaban el castigo. Hoy ya no es así: los padres se indignan y acuden al colegio a denunciar a esos docentes injustos e incompetentes, que no saben apreciar las buenas cualidades de sus alumnos. Con mucha frecuencia, los órganos directivos de los centros escolares, deseosos de evitar problemas, dan la razón a los padres y desautorizan a sus propios colegas. Esta escisión en los claustros desmoraliza y desmotiva fuertemente a los docentes y estropea el ambiente de trabajo.

[Los padres vuelven al colegio](#). En muchos de nuestros colegios se ha generalizado una práctica que me parece especialmente perversa: los padres -en realidad, se trata

principalmente de las madres- hacen los deberes o tareas escolares junto con sus hijos. Conozco colegios donde las madres deben firmar a diario en el cuaderno de tareas de sus hijos; si no lo hacen, recibirán una llamada telefónica de las profesoras (al tratarse de enseñanza primaria, se trata de profesoras). Otros colegios alardean de poner cada semana el plan docente en la página web, justamente para que los padres puedan acompañar con más facilidad el estudio de sus hijos y ayudarles en los deberes. Desde luego que de esta forma no vamos a educar a esos niños en la libertad, la autonomía y la responsabilidad.

La instrumentalización afectiva. Se puede afirmar que la clave de la felicidad está en querer y ser querido: todos necesitamos afecto y reconocimiento. Ya he aludido antes al clima de cariño y solicitud que necesitan los niños para llegar a ser personas maduras y equilibradas. Se observa en los últimos tiempos una perversión de este proceso natural: muchos adultos encuentran dificultades para lograr ese reconocimiento por parte de sus pares y lo buscan en sus hijos. Se produce así una especie de inversión: ahora son los niños los que deben cuidar de sus padres. Las manifestaciones de este fenómeno se observan tanto en el ámbito escolar como en el familiar. Los adultos, padres o maestros, tratan a los niños como iguales, de tú a tú, o incluso llegan a subordinarse a los niños. Los efectos de este desorden son múltiples: niños que crecen instalados en el egocentrismo y el narcisismo, en la creencia de que el resto del mundo está ahí para satisfacer de modo inmediato sus demandas, por caprichosas que puedan ser; adultos dependientes de sus hijos o alumnos, ya que son éstos los que proporcionan a los mayores el amor y el reconocimiento. El niño está ahí para que yo, adulto, me sienta necesario e importante. El adulto puede llegar a definir su autoconciencia a partir del comportamiento del niño hacia él. Se da así una especie de simbiosis afectiva entre niño y adulto. Los niños pueden llegar a convertirse en auténticos tiranos, que abusan sin miramientos de esos adultos complacientes y dependientes. Estos cambios se expresan también en la literatura infantil y juvenil. Se observa -al menos, en el ámbito centroeuropeo- un desplazamiento del ámbito de actuación de los protagonistas de esas historias. El reto o la aventura que se plantea a los héroes juveniles o infantiles ya no está fuera del ámbito familiar. Ya no se trata de salvar al mundo, sino de ayudar a padres necesitados e indigentes para sacar adelante familias rotas o desestructuradas. -“Niños, no juzguéis negativamente a vuestros padres (que están divorciados, en paro, tienen problemas de alcoholismo, etcétera). Debéis comprenderlos, ayudarles y salvarlos”. Como resulta obvio, los autores de esas historias son adultos que proyectan en ellas sus propias peripecias biográficas. Es cruel encomendar a esos niños tareas que les sobrepasan y que subvierten el orden natural. Hay expertos que encuentran en esta deriva las razones del triunfo de la literatura fantástica: al menos, aquí el mundo clásico parece estar todavía en orden.

Evitar los **interrogatorios policiales**. ¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado? ¿Hasta qué hora? ¿Con quién? ¿Qué te ha dicho, qué le has dicho? ¿Qué vais a hacer? Respetar la intimidad de los hijos, también cuando son pequeños. Lo mismo vale, por supuesto, para el trato con el cónyuge. La comunicación auténtica exige reciprocidad: hay que hablar también de uno mismo. Debe darse un flujo comunicativo en ambas direcciones. En este punto los varones, tanto padres como hijos, tendrán que esforzarse por superar su tradicional laconismo o falta de expresividad (hablo en términos generales, que admiten sus lógicas excepciones).

“No somos como los demás”. Conozco una familia alemana: matrimonio y cuatro hijos pequeños; católicos. Han adoptado este lema para la educación de sus hijos y la vida familiar en general. Sin arrogancia ni prepotencia, pero sin miedo ni complejos. -Vamos a ver, Fulanito: “¿Los demás niños tienen papá y mamá como vosotros” (en las clases del colegio de sus hijos son mayoría lo que viven en familias desestructuradas o en situación irregular). ¿Los demás niños tienen tres hermanitos como vosotros? ¿Los demás niños conocen al Niño Jesús y a la Virgen María? Luego... no somos como los demás. Aunque todos... lo hagan... lo tengan... vayan a..., nosotros, no. Y esto vale en el trato con los niños y también con los adultos.

Recomendación final: **dejar ser, confiar**. Esta recomendación vale también para el trato entre los cónyuges, o para el trato de los padres con el colegio (y, aunque esté mal decirlo, también para el trato con la universidad). Si hemos puesto el fundamento del cariño y del buen ejemplo, podemos estar seguros de que nuestros hijos saldrán adelante, a pesar de que momentáneamente puedan despistarse o distraerse. Algunos pasarán, tal vez, por adolescencias algo turbulentas, como le ocurrió a Mark Twain: “Cuando yo tenía catorce años, mi padre era tan ignorante, que no podía soportarlo. Pero cuando cumplí los veintiuno, me parecía increíble lo mucho que mi padre había aprendido en siete años”. A los padres y maestros nos tocará entonces poner cara de circunstancias, estar siempre cerca, disponibles, y confiar en que esos adolescentes acabarán por madurar. Termino con unas palabras de Goethe, que en cierto modo resumen el mensaje de esta conferencia: “Saberse querido da más fuerza que saberse fuerte”.

Alejandro Navas
Profesor de Sociología de la Universidad de Navarra
Pamplona, 1 de abril de 2011